



Milly estaba sentada en una silla, sin moverse, con la cara redonda y pálida vacía de toda expresión. No dejaba de mirarse las manos, que le caían —como si no le perteneciesen— entrelazadas, rollizas e inertes sobre el regazo negro. Llevaba así, sentada en silencio y mirándose las manos, desde que ocurrió.

—Espabílenla —había dicho el médico cuando los parientes del pobre Ernest le hicieron notar tal conducta. Pero en vano lo intentaron todas sus cuñadas en grupo; ella siguió muda, inmóvil, mirándose las manos entrelazadas sobre el regazo negro.

—Si al menos llorase... —se decían los Bott unos a otros.

—Llorar le vendría muy bien —convenían los demás.

Pero Milly no lloraba. Tampoco hablaba, salvo para murmurar con su dulce voz cada vez que un familiar compasivo y doliente le acariciaba el brazo o, desde detrás de su silla, le rozaba la cabeza gacha.

—Qué amables sois todos.

¿Quién no iba a ser amable con la pobre Milly en su duelo? No solo eran amables los Bott, sino todo Titford. Aquella importante zona residencial del sur de Londres apreciaba a los Bott, familia de una sólida posición económica en continua y creciente prosperidad. Eran su columna vertebral. Donaban, presidían, daban discursos, inauguraban. Titford estaba lleno de Botts y todos y cada uno de ellos eran un orgullo para la vecindad. Cuando se casaban, cosa que hacían con absoluta puntualidad al llegar a la edad apropiada, o cuando

tenían descendencia, también de forma puntual una vez casados —excepto Ernest, que no había tenido hijos—, Titford se regocijaba de corazón; cuando morían, cosa que hacían al llegar a la vejez y no antes —excepto Ernest, al que se lo había llevado un accidente de coche—, Titford lo sentía de corazón y de corazón compadecía a quien sobrevivía, en general, por esa extraña ley de la naturaleza que hace que la embarcación que parecía más frágil acabe por ser la más resistente, una viuda.

En este caso la compasión era de una calidez especial, pues Milly siempre había gozado de su simpatía. Hacía mucho tiempo que en Titford habían decidido que la señora de Ernest Bott era una mujer como Dios manda y le habían tomado cariño. Veinticinco años se cumplirían en menos de un mes, recordaron, desde que el pobre Ernest Bott trajo a la recién casada a la espléndida casa de ladrillo rojo de Mandeville Park Road; una chiquilla entonces, poco más que una *flapper*,<sup>1</sup> con un aspecto ridículamente joven para ser la esposa de un hombre que rozaba la mediana edad, pero que desde el primer momento se comportó como lo haría una dama de su posición y continuó comportándose como debía a pesar de lo que hizo su hermana en esa misma casa solo tres meses después. Y así se había comportado siempre desde entonces. Los años pasaron volando, años sin sobresaltos, agradables, sin tacha; la hermana no volvió a aparecer y cayó en el olvido, salvo en lo más profundo del corazón de los Bott, que eran lentos en olvidar la deshonra, y de todos los hombres de aquella numerosa familia se tenía a Ernest por el más afortunado en su matrimonio. Hacía tiempo que la mujer de Ernest había dejado de ser una chiquilla. Hacía tiempo que las comodidades cada vez más sólidas que Ernest era capaz de proporcionarle la habían ido

<sup>1</sup> *Flapper* es un anglicismo que se utilizaba en los años veinte para referirse a un nuevo estilo de vida de mujeres jóvenes que usaban faldas cortas, no llevaban corsé, llevaban el pelo corto y escuchaban y bailaban música no convencional para esa época, como el jazz. Estas mujeres significaban un desafío a lo que en aquel tiempo se consideraba socialmente correcto.

moldeando. Y ahí estaba, a sus cuarenta y cinco años, una mujer pequeña y rellenita, de piel clara y mirada tranquila, con hoyuelos en aquellas manos regordetas donde otras personas tienen nudillos y el cabello recogido con pulcritud y del grato color de la respetabilidad. Su vida, salvo por ese único escándalo de su hermana —¿y quién puede ser responsable de lo que hacen las hermanas?—, había sido irreprochable. Las habladurías no tenían nada que decir de ella; no llamaba la atención de las críticas. No era sino un orgullo para la familia y el lugar: sin excentricidades, educada, jamás una palabra quisquillosa ni excesiva, dispuesta en todo momento a hacer un favor, de sonrisa agradable, bien vestida, rolliza; devolvía puntualmente las visitas, primero en un pulcro *brougham*<sup>2</sup> tirado por un solo caballo que pronto fueron dos y más tarde en un automóvil que cada vez era más grande; iba a las cenas vestida de terciopelo, a la iglesia con sus pieles o plumas, recibía en casa una vez al mes, reunía amablemente a los invitados en su hermoso salón, escuchaba con deferencia, nunca contradecía, nunca se mostraba ingeniosa, jamás aseveraba, a lo sumo sugería con humildad y enseguida retiraba sonriente su sugerencia si parecía resultar en lo más mínimo inoportuna.

Qué esposa. Qué bonito sería el mundo si todas las esposas se parecieran más a Milly, pensaban a menudo los hombres Bott —apenas en un susurro para sus adentros, pues no era conveniente decirlo en voz alta— cuando tenían problemas con las suyas. Ernest no había tenido problemas ni un solo día con Milly, ni una sola hora de desazón. La dulce Milly. Un cielo de mujercita, de trato fácil. Uno haría cualquier cosa por una mujer así. Y tan agradable a la vista, además, tan redonda y tierna. Todas las esposas deberían ser redondas y tiernas, aunque solo sea porque uno tiene que dormir con ellas. Lo mismo era comprar en Whiteley's o en Shoolbred's, pensaban los hermanos Bott, una cama enclenque y esperar estar cómodo en ella

<sup>2</sup> Coche de caballos ligero, de cuatro ruedas.

que esperar estar cómodo, a la larga, con una esposa huesuda. Los huesos se les clavaban en el carácter, pensaban irritados los Bott, cuyas esposas eran flacas y se habían enfadado poco antes. Pero solo estaban irritados en secreto. Por fuera, todos eran maridos afectuosos y satisfechos. Tenían que serlo.



Y ahí estaba Milly, viuda, y una viuda rica, y ninguno de los hermanos viudo también y con posibilidad de casarse con ella y mantenerla, junto con el dinero del pobre Ernest, en la familia. Se la arrebatarían enseguida, el mismo día que se cumpliera un año. Seguro. ¿Qué hombre en su sano juicio no desearía hacerse con Milly, aunque fuera pobre? ¿Qué hombre no desearía con todas sus fuerzas quedar unido de por vida a ese pecho suave, mullido y bondadoso y permanecer en él para siempre a salvo de peleas y palabras airadas?

Pero las cuñadas, que pensaban en el buen dinero de los Bott, decían:

—Ni se le pasará por la cabeza casarse otra vez, desde luego. ¿Por qué iba a hacerlo, ahora que estará tan bien acomodada y podrá hacer lo que le plazca?

Y una de ellas, que tenía genio y se enorgullecía de ello y cuando su marido protestaba le decía que debería ponerse de rodillas y dar gracias a Dios por haberse casado con una mujer de verdad y no con la típica boba, añadió:

—No parece que piense en ello. ¿Para qué quiere la pobre Milly un hombre, precisamente ella?

Y la anciana en cuya casa se hablaba de estas cosas, la más vieja de todos los que estaban allí, la primera y proveccta señora Bott, que había sido muchas veces abuela y bisabuela, e incluso había llegado a ser tatarabuela, y que vivía a gusto en lo alto de Denmark Hill para estar a mano, como decía a menudo, de todos sus queridos niños en caso de que la necesitaran, pero no tan cerca como para

agobiarlos; la anciana recordó en silencio, mientras se sentaba despacio y movía la cabeza a causa de esa intervención de la esposa de George, que tenía más de gitana que de dama, pensaba a veces la anciana señora Bott, pero se abstenía de decirlo porque hacía tiempo que sabía que en las familias cuanto más te abstengas de decir, mejor; la anciana recordó en silencio una extraña escena ocurrida diez años antes en esa misma habitación, cuando Milly, tan tranquila y correcta hasta entonces, entró una cálida mañana de primavera —debía de ser primavera y hacer calor, porque recordaba que la ventana-mirador estaba abierta de par en par y el jardinero cortaba el césped, que de pronto se había convertido en un campo de margaritas— y se acercó a la ventana a observar durante un rato lo que pasaba fuera y luego se dio la vuelta con un respingo, su aspecto parecía extraño y diferente, y además, estaba muy acalorada, pobrecilla, después de dar un paseo, y dijo que se sentía como si estuviera a punto de hartarse de todo.

—¡De todo! ¡De todo! —gritó entonces muy fuerte, como si no pudiera contenerse ni un segundo más, extendiendo ambas manos en un gesto cómico y con la cara enrojecida por haber subido la colina con el calor; y añadió, con lágrimas en los ojos—: No puedo más... He llegado al límite...

¿El límite?, pensó la anciana señora Bott. ¿Qué límite? Existían muchos límites en la vida, y en los años de juventud uno siempre estaba a punto de llegar a ellos para luego descubrir que no eran límites en absoluto.

Bueno, bueno. Le había dado una buena taza de té. Pobre Milly. Todo eso se debía a un hombre, sin duda, decidió; o a Ernest y alguna riña o a otro hombre y a lo que estos pobres niños ansiosos y atormentados llamaban amor.

Fuera lo que fuese, sin embargo, pasó. Milly no volvió a decir nada más y pronto volvió a ser la misma mujer amable y contenta de siempre; de hecho, unas semanas después de aquel pequeño arrebató se había vuelto mucho más dulce, si cabe, y parecía más

contenta que nunca. Ganando en sabiduría, pensó la anciana. Sentando la cabeza. Una lo acaba haciendo.

Pobres niños, pensaba a menudo la anciana señora Bott mientras observaba a su descendencia, qué difícil se les hacía a veces. Y no sabían, y nadie podía decírselo porque no lo creerían, lo tranquilo y agradable que iba a ser todo al final y lo poco que en realidad habrían importado sus problemas a la larga. No había necesidad de preocuparse tanto ni consumirse en esos ardores, no había necesidad, no había ninguna necesidad en absoluto.

Y ahora, diez años después, ahí estaba Milly, afligida y tan abrumada que nada la sacaba de la silenciosa contemplación de su regazo. Estaba sentada allí, en el dormitorio, el dormitorio del que Ernest había salido aquella última mañana sin imaginarse que no volvería a él, y la anciana señora Bott, a la que habían traído desde Denmark Hill para el funeral y que estaba sentada arriba con Milly mientras se leía el testamento en el comedor, intentaba en vano consolarla y apoyaba a intervalos su mano temblorosa sobre aquel hombro inmóvil vestido de crespón y decía las palabras que parecían más adecuadas.

Ojalá ese hombro temblara, pensó la señora Bott; ojalá la pobre Milly llorara. El dolor parecía mucho mayor sin temblar, ni llorar, sentada pálida y muda con la cabeza gacha de aquella forma. ¿Quién habría dicho que Milly amase tanto a Ernest? La anciana recordó a su hijo sin apasionamiento y se maravilló.

—Sabes, querida —balbuceó con voz trémula, pues para entonces ya era extremadamente vieja y le temblaba todo—, que todos cuidaremos de ti y nos ocuparemos de que nunca estés sola.

Milly agachó aún más la cabeza.

—Las chicas —así llamaba la anciana señora Bott a sus hijas y nueras, todas ya de cuarenta, cincuenta y sesenta y tantos años— están decididas a volcarse contigo.

Las pestañas caídas de Milly temblaron un poco.

—Y tu estilo de vida no va a cambiar en nada, cariño, porque Alec me ha dicho —Alec era el mayor de sus hijos— que Ernest tenía más dinero incluso de lo que habíamos podido suponer... Te aseguro que no sé por qué los hombres tienen que ser tan reservados con lo que ganan. Y tú lo heredarás todo y te quedarás en esta preciosa casa que tanto te gusta.

—No me merezco... —repuso Milly con un hilo de voz entrecortada.

¿Era eso una lágrima? Algo cayó, desde luego, sobre su regazo.

—Ya está, ya está —balbuceó la anciana señora Bott al tiempo que reanudaba las palmaditas y se le llenaban a ella misma los ojos de lágrimas—. Ya está, ya está. Nadie ha merecido nunca todo lo que podamos darte más que tú, mi querida Milly. Ya está, ya está. Te sentirás mucho mejor si lloras, mucho mejor.

Y ella misma lloró un poco; solo un poco, pues los años la habían dejado casi sin lágrimas. Sin embargo, le vino a la mente el recuerdo de aquellos días en los que Ernest era un bebé, y todas las esperanzas que tenía para él y su orgullo de madre, y esos ricitos rubios que ella le peinaba con los dedos —a Ernest, que durante tantos años estuvo calvo—, y resultaba extraño y triste saber que ahora yacía solo bajo las coronas de flores —hermosas coronas, además, y muchísimas— en el cementerio de lo alto de la colina, y que permanecería así hasta el día del juicio final, sin nada que demostrase que había estado vivo excepto su viuda y su dinero. Es decir, sin hijos. Ernest, en cuestión de descendencia, había sido un callejón sin salida, un *cul-de-sac*. Extraño y triste no pervivir de ninguna manera, llegar a un punto muerto. La anciana señora Bott no pudo evitar llorar un poco al pensar en ello. Pobre Ernest; tantos ricitos rubios y buenas maneras para acabar en nada más que una viuda.

—No es más que un sueño —dijo secándose los ojos y con un sabio gesto de asentimiento—. La vida no es más que un sueño. —Y añadió, cuando por la ventana abierta les llegó un inconfundible olor desde la casa de al lado—: Hoy almuerzan curri en Glenmorgan.

Entonces puso de nuevo una mano sobre el hombro de Milly y vio en su mente el inmenso paisaje que formaban los años de su propia vida, lleno de puntos negros que eran muertes y que estaban esparcidos a lo largo de ellos, y al ver lo pequeños que se habían vuelto esos puntos, y cómo menguaban cada vez más hasta que los primeros eran casi invisibles y era bastante difícil distinguirlos y saber cuál era cuál y de quién era cada uno, asintiendo con el mismo gesto de sabiduría una segunda vez, repitió:

—Todo es un sueño, cariño. A la larga, mi querida Milly, nada más que un sueño.

Y con la mano aún temblorosa sobre el hombro de su nuera, miró la casa de enfrente con ojos cansados y enrojecidos, y pensó que era extraño cómo las personas que aquellos puntitos representaban habían desaparecido de su mente: su marido, por ejemplo, que llevaba muerto cincuenta años, ya solo volvía a su recuerdo con cierta claridad cuando la anciana se olvidaba de tapar la vaselina por la noche. Todas las noches, a lo largo de su vida adulta, se había frotado los párpados con vaselina antes de irse a dormir y a veces se le olvidaba volver a tapar el bote y, cuando eso ocurría, y el pobre Alexander lo veía por la mañana, solía regañarla. Decía, recordó, que era sucio e insalubre y hablaba de que se metían los gérmenes y el polvo. Y ahora, cada vez que se despertaba por la mañana y veía que el botecito no estaba tapado, la imagen de su marido volvía tan clara y distinguida como siempre; en ninguna otra ocasión. Qué raro, pensó la anciana señora Bott mientras acariciaba de forma mecánica el hombro de Milly, sumida en la reflexión de la extrañeza de la vida, que no quedara nada del pobre Alexander salvo cuando un bote de vaselina se quedaba destapado.

Parpadeó levemente. El sol brillaba con fuerza en la fachada roja de la casa de enfrente y la deslumbraba. La vida no era más que un sueño, sin duda. De esa casa también salía olor a comida; sobre todo a coliflor, juzgó esta vez la señora Bott olfateando con interés. La vida era un sueño, cierto, pero un sueño con momentos de vigilia. Hasta

el mismísimo final, las comidas eran reales e interesantes. Sin duda, pensó con la nariz levantada, esas eran las personas de la que se había quejado Ernest por sus excentricidades, y porque no comían carne y hablaban mal de Inglaterra. «Pobre gente —pensó con indulgencia—, tienen que superarlo». Y deseó por su bien que lo superasen rápido, ya que entretanto se estaban perdiendo una buena cantidad de ricas tajadas de cordero y suponía que tenía que ser difícil que te gustase Inglaterra, o cualquier otra cosa, si solo tenías coliflores en el estómago.

En ese momento, mientras pensaba en todo eso, la puerta de la habitación se abrió una rendija y la cabeza de su hijo menor, Bertie, un hombre de cincuenta y dos años y bien alimentado con carne, se asomó con tanta cautela que era evidente que estaba de puntillas.

—Entra, Bertie, y cierra la puerta —balbuceó la anciana señora Bott—. No sirve de nada crear corrientes.

—¿Te sientes con fuerza para hablar? —preguntó a media voz, como requería la ocasión, y mirando a su cuñada.

—Habla, Bertie —insistió su madre—. Es inútil que te quedes ahí poniendo cara de circunstancias. ¿Con fuerza para hablar? Pues claro que sí. Milly siempre tiene fuerzas para todo, ¿no es cierto, cariño?

Y le dio otra palmadita en el hombro cubierto de crespón, pues de todas sus nueras era a la que más cariño le tenía. Mucho más. La quería.

Bertie entró en la habitación con paso directo y rápido y cerró la puerta sin hacer ningún ruido con mucha destreza; había tanta práctica en ese movimiento, una habilidad tan silenciosa, tan sorprendente en alguien tan corpulento, que por primera vez la anciana señora Bott pensó que quizás no fuera un marido fiel. Tanta soltura en cerrar las puertas con sigilo... Bueno, bueno. Pobres niños, tendrían que resolverlo. Solo esperaba que Bertie no se preocupase demasiado por ello ni se sintiera desgraciado con los remordimientos. Cuando fuera tan viejo como ella, vería que esas cosas también

eran sueños y tener remordimientos por algo que después resultaba no haber sido más que un sueño era una triste pérdida de tiempo.

—Mi pobre Milly... —empezó a decir Bertie con voz grave, como quien tiene malas noticias.

Parecía extrañamente conmovido. Bastante alterado, de hecho, pensó la anciana señora Bott, que lo observaba sorprendida y con ojos acuosos. Cruzó la habitación en dirección a su cuñada, acercó una silla junto a ella y le puso una mano en el brazo con un deseo tan obvio de infundirle coraje que la sorpresa de la señora Bott se acrecentó. ¿Coraje? ¿Para qué quería Milly coraje cuando iba a heredar varios miles al año?

—¿Se ha leído el testamento? —le preguntó.

—Tenía que estar enfermo —fue la respuesta de Bertie, que enseguida se aclaró la garganta.

—¿Enfermo? —repitió su madre—. ¿Cuando cogió ese taxi, quieres decir?

—Cuando hizo el testamento —repuso Bertie, que parecía muy incómodo—. O más bien cuando añadió el codicilo.

Fue evidente, para la anciana señora Bott, que se avecinaba un golpe.

—¿Qué codicilo, querido? —balbuceó mientras Milly seguía con la cabeza gacha.

Bertie miró a su cuñada. Imagina tener que hacer daño a una persona tan delicada, tan apacible y paciente como la redondeada figura negra de la silla. Apoyaba los pies en un escabel porque tenía las piernas muy cortas y a Bertie le pareció que eso, el que a la pobre Milly no le llegaran las piernas al suelo, hacía aún más difícil su desagradable tarea. Unas piernecitas encantadoras, además, estaba seguro. Rechazó aquel pensamiento. No era el momento de pensar en cosas así.

—Pobre Milly —dijo cogiéndole la mano.

—Di lo que tengas que decir, Bertie —balbuceó la anciana señora Bott.

—Me temo que es mal asunto, muy mal asunto...

Bertie movía la cabeza de un lado a otro, reacio a continuar.

—Entonces no ganas nada yéndote por las ramas —le recriminó su madre.

Y en ese momento, estrechando la mano de Milly con tanta fuerza que le dolía, Bertie estalló y dijo que no entendía a Ernest, le resultaba imposible.

—¿Por qué? —balbuceó la señora Bott, sin duda ya muy nerviosa.

—Es tan injusto... Es que ni siquiera es decente.

—Pero ¿por qué, hijo? —preguntó la señora Bott con la boca temblorosa.

—¿Por qué? —repitió Bertie al tiempo que soltaba la mano de Milly, que se quedó inerte donde había caído y se levantó y se acercó a la ventana. Miró afuera. No podía mirar a Milly, no mientras le asestaba aquel golpe.

—¿Por qué? —dijo de nuevo, de espaldas a las dos mujeres—. Eso es exactamente lo que me gustaría saber. Le ha dejado a Milly solo mil libras, mil míseras libras de las cien mil que tenía, y el resto irá a parar a una maldita institución benéfica. ¿Es esa la forma de comportarse con una esposa que se ha entregado durante veinticinco años? ¡Y con Milly, nada menos!

La anciana tenía la mirada fija en la espalda de su hijo y le temblaba tanto la boca que apenas podía hablar.

—¿Cómo que...?

—Y debe venderse todo: la casa, los muebles, hasta el último dichoso objeto, para donarlo a esa institución. ¡Y menuda institución! —Se dio la vuelta, indignado, y las miró de frente—. Tenía que estar loco de atar. Se trata de un asilo en Bloomsbury para mujeres descarriadas. Ninguno de nosotros ha tenido nunca nada que ver con cosas como esas. No sabía que Ernest hubiera pensado jamás en

esos sitios. Lo que quiere decir... ¡Que me aspen si sé lo que quiere decir! Y para Milly, para la mejor esposa que haya tenido un hombre, nada. Ni un solo mueble. Nada salvo esas mil libras peladas. Para evitar que se muera de hambre durante un tiempo, supongo. Para que no caiga en la cuneta más cercana. Es lo más escandaloso...

La anciana señora Bott se levantó. Le resultaba difícil y Bertie tuvo que ayudarla.

—Voy a bajar —le dijo—. No me creo ni una palabra. Hablaré con el abogado de Ernest yo misma.

—No conseguirás sacarle mucho —repuso Bertie mientras la ayudaba—. De todos los tipos fríos y hoscos...

Pero no trató de retenerla; al contrario, la alentó a que se fuera y la llevó hasta la puerta cogida del codo y con cuidado la ayudó a bajar al comedor.

Luego volvió. Milly seguía sentada tal y como la había dejado. Cerró la puerta, con un gesto rápido y suave, y se apoyó contra ella, con las manos extendidas a la espalda, como para evitar que entrara alguien.

—Verás, Milly —le dijo—, hay algo más. Madre también lo va a oír antes de volver a verte. Solo espero que no llegue a los periódicos, ya sabes cómo tratan cualquier cosa que se salga de lo corriente en el testamento de un hombre. ¿Y qué crees que dejó dicho Ernest en el suyo?

Milly, con la mirada gacha y fija en sus manos, movió la cabeza de un lado a otro, paciente.

—Pues dejó dicho, después de legarte las mil libras, y añadir a propósito la palabra «solo», que es en sí misma como una bofetada en la cara... Todo esto me supera. Dejó dicho: «Mi esposa sabrá por qué».



Por un instante, los apacibles ojos de Milly quedaron velados por una emoción reprimida de inmediato. El rubor se apoderó de su rostro y, al desaparecer, lo dejó más pálido que nunca. Entreabrió los labios. Levantó la cabeza y miró a Bertie, y las manos, tan lánguidas antes, se le crisparon sobre el regazo.

Desde luego, pensó Bertie. Era normal. Se sentía insultada. Qué comportamiento tan despreciable. Pobrecita Milly. Que una mujer dulce y amable, que no haría daño ni a una mosca, tuviese que verse correspondida así. Milly había sido una esposa entre mil y, ahora, aquello. Siempre había tenido a su hermano por un tipo decente; un poco taciturno a veces, cuando el hígado le inquietaba, pero decente. Qué desagradable, considerando que estaba muerto, tener que darse cuenta de que no había sido más que un canalla. Alguna riña insignificante, una visita impulsiva a su abogado, algún resentimiento enquistado y la devoción y el afecto de toda una vida quedaban borrados con una bofetada en la cara. Una bofetada póstuma, además, la más mezquina de todas, se dijo. No podía creer ni por un momento que Milly fuese capaz de reñir ni que lo hubiese hecho nunca. Tenía que haber sido cosa de Ernest. La única excusa que se le ocurría era que estaba enfermo cuando añadió el codicilo, es probable que en ese momento sufriera una de sus peores crisis hepáticas. ¡Pero dejar que una crisis hepática convierta a un hombre en un canalla para toda la eternidad!

—Se acabó, para mí Ernest se acabó —sentenció con vehemencia, como si aún quedara algo de su hermano con lo que acabar.

Milly, sin embargo, ni lo veía ni lo oía. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en la ventana y las manos apretadas sobre el regazo.

—¿Hace cuánto? —lograron articular esos labios pálidos y asombrados mientras miraba la fachada roja de la casa de enfrente.

—¿Qué, querida? Pobrecita mía, ¿cómo dices? —le preguntó Bertie, que fue corriendo a inclinarse junto a ella. Un cielo de mujer. Un cielo, un encanto. Y con unas pestañas oscuras tan bonitas,

además, que se curvaban en las puntas. Su mujer no tenía. No que se vieran, claro. Sandy.

—¿Cuándo? —susurró Milly sin dejar de mirar al vacío frente a ella.

—¿Cuándo? ¿Quieres decir que cuándo lo dispuso? Hace dos años. Está en un codicilo. No entiendo —continuó Bertie con los ojos vidriosos de furiosa compasión al sentir la cálida redondez del hombro sobre el que descansaba su mano— cómo pudo pelearse contigo alguna vez. Y lo peor —se indignó— es que no puedo dejarme llevar y decir lo que pienso de él porque está muerto y no sería decente. Pero una cosa sí te voy a decir, Milly...

—Calla —susurró ella, aferrándose rápidamente a la mano que estaba apoyada en su hombro, con los ojos puestos aún en la fachada roja de enfrente. Así que se había enterado. Ernest se había enterado. Hacía dos años. Durante dos años enteros lo había sabido. Extraordinario. Increíble...

—Una cosa puedo decirte —insistió Bertie, negándose a callar—, no permitiremos que sufras solo porque Ernest decidiera comportarse como un maldito...

—No —suspiró Milly—. Por favor, no puedo soportar... No debes...

Y por primera vez desde la muerte de Ernest se echó a llorar de verdad. Abandonándose al dolor, con la mejilla apoyada en la mano que sostenía entre las suyas, lloró con tanta amargura que le temblaba todo el cuerpo.

—Pobre Ernest —sollozó—. Pobre Ernest, pobre...

Bertie estaba conmovido en lo más hondo.

—Milly, eres un verdadero ángel.